

# PERSPECTIVA HUMANA DE LA REBELION COMUNERA



CORONEL

ALVARO VALENCIA TOVAR

Faltan escasos dieciséis años para que se completen dos centurias del acaecimiento registrado en nuestra historia como la Rebelión de los Comuneros. Dos siglos de agitado devenir que permiten trazar en sus dimensiones exactas el acto humano que lanzó un turbión de gentes desesperadas por la senda dura y azarosa de la rebeldía, contra los poderes consagrados de una autoridad hasta entonces incuestionable. El tema en sí, es tan apasionante como lo fué en su época la razón que dió origen al torrente caudaloso de la protesta comu-

nera que tan cerca estuvo de cambiar el rumbo de la Historia.

Posiblemente su mayor magnetismo reside en el aspecto humano donde las luces y las sombras adquieren más duros contrastes. Así he decidido enfocarlo en esta oportunidad, pensando al hacerlo que los eslabones de la Historia los forja el hombre a golpes de infortunio, de grandeza, de pasión, de pequeñez, de ambición y de tragedia.

Al transitar por la tierra adusta de Santander, sobrecoje el ánimo la expresión telúrica que en este breñal impresionante tuvo la mano del Creador. Paisaje lunar en muchos puntos de su erizada conformación. Peñas bravías. Profundidades abismales donde ríos amarillentos galopan su estéril iracundia, como una tentación lejana e inabismable para el paisaje sediento. Tierras rojizas, saturadas de pedruscos. Laderas empinadas por donde la precipitación pluvial arrastra hacia el vacío las tierras productivas, tallando en columnas hieráticas la fantasía de castillos que diríanse erigidos en edades desaparecidas, por una raza de ciclopes.

Necesariamente, el hombre que habite un ámbito geográfico de tan poderosa contextura, ha de ser erguido como sus cumbres, adusto como su paisaje, fuerte y bravo como el correr de sus ríos, airado como su tempestad desatada. La tierra encierra fuerzas extrañas, de una capacidad creadora semejante a la de un escultor en el delirio del genio. Tallan al hombre. Determinan sus rasgos predominantes. Lo definen como ser y lo integran como raza. Hacen de él un gladiador en potencia, o un epicurista absorbido en el deleite suave y pródigo de una heredad fecunda.

Por ello atrae siempre en el análisis de los grandes episodios que de tiempo en tiempo iluminan el itinerario sombrío de la humanidad, esa combinación del hombre y tierra, síntesis prodigiosa de toda la creación. El hombre hecho de arcilla deleznable, pero dueño del aliento vital que comunica a la fragilidad de esa misma arcilla un poderío sobrecogedor. Antítesis permanente de sí mismo. Contraste inescrutable de altura y de bajeza, de cobardía y heroísmo, de brillantez y penumbra, de grandeza y pequeñez. Y la tierra, muda y quieta, formidable en su inmensidad, entregándose al hombre en el éxtasis de su cambiante belleza, o devorándolo en sus airadas trepidaciones.

La insurrección comunera no tendría sentido sin el escenario arisco donde surgió con furor de tempestad, y donde murió con opacidades de crepúsculo. Como tampoco podría entenderse sin profundizar un poco en el hombre que hizo posible el surgimiento grandioso y asimiló con dramático estoicismo el amargo final.

La antigua Provincia del Socorro abarcaba la más áspera e indomeñable región fisiográfica de nuestro Santander actual. Sus ciudades y pueblos se incrustaron en la montaña brava,

como si un asedio permanente de enemigos invisibles, hubiese obligado a los primeros pobladores a encastillarse sobre la altura, peligrosamente asomados al abismo, utilizando avaramente las escasas planicies perdidas aquí y allá en el hirsuto laberinto de su paisaje disforme. Los caminos empedrados tenían más de escala que de senda. Una rugosa barrera de aristas se interponía entre pueblo y pueblo, aislando sus gentes y generando un individualismo de bien marcados perfiles.

El poblamiento de esta tierra, sigue siendo una incógnita en el aspecto de sus razones determinantes. La Nueva Granada era un vasto escenario virgen, donde tierras ubérrimas se abrían al conquistador que llegaba enarbolando sus fieras enseñas de guerra, poseído de lúbricas ansias de posesión sobre el oro de la tierra y el bronce de la mujer aborigen. Esas mismas tierras recibieron al colonizador que le siguió, una vez abierto el camino sobre la sangre y la miseria de la raza vencida. ¿Por qué habrían de sentar sus reales en este paisaje de hostil adustez? ¿Sería por lejanas similitudes con la yerma quietud de Castilla la Vieja, o con los recios acantilados de Vazcuña, o con retazos pedregosos del Guadarrama? En todo caso el desarrollo cultural de estas provincias para la época del episodio comunero conformaba un fenómeno de vasta significación en el ámbito virreinal. La industria tabacalera constituía uno de los más fuertes renglones de la economía criolla, y considerables fortunas se habían amasado con la hoja plana y alargada de esta planta que parece gustar de las tierras rojizas de barranco y de los intensos calores que reinan en las depresiones y gargantas propias de una configuración excepcionalmente violenta. De los cañones profundos sube el aire cálido, so-

focante, por inmensas chimeneas de brocales estrechos, abiertos como grietas al sol delicuescente o a la alzada tempestad.

En las hirsutas vecindades del Socorro, de Charalá, de Mogotes, de Simacota, de Barichara, de San Gil, se ve en nuestros días un tipo humano que parece reencarnar la imagen de sus abuelos, escapada del pretérito en los relatos de la revolución comunera. Hombres delgados, hechos de nervio y garra, rostros angulosos de donde escapa una mirada penetrante, arisca, orgullosa sin soberbia, vagamente retadora sin insolencia inútil. Raza forjada al sol y a la intemperie. Endurecida por una altiva pobreza que nace, vive y muere sobre el surco rojizo donde las plantas semejan un imposible milagro. Este hombre de la espinosa región central de Santander posee un temple de campana antigua, que solamente puede alcanzarse tras de golpear larga y repetidamente en la forja ígnea de las generaciones.

Los grandes acontecimientos en la vida de los pueblos, sólo logran formar conciencia exacta en las nuevas edades, cuando se pisa el escenario donde tuvieron desarrollo. Para entender en toda su magnitud el capítulo grandioso y amargo de la revuelta comunera, es preciso entrar en diálogo silencioso con la tierra que sustentó su esperanza y recibió calladamente su trágica frustración. Solamente allí, recorriendo con el espíritu abierto a la percepción de las más sutiles vibraciones ambientales, los caminos de piedra, las estrechas callejas coloniales de sus pueblos, el panorama secular de sus tabacales clavados al barranco, se cumple esa indispensable integración anímica con el ámbito donde se engendró este denso capítulo de nuestra Historia.

En idéntica forma ocurre con el hombre, cuando una región posee la

fuerza telúrica capaz de tipificar su raza. Es preciso conocerla dentro de su propio paisaje. Medir la intensidad de su vida interior. Apreciar sus virtudes. Conocer las íntimas razones de su conducta social. De ahí que tome aliento una incontenible emoción, cuando se discurre sobre el heroico y amargo episodio de los Comuneros, adentrándose en el pasado sobre la propia vía dolorosa de su tragedia!

Unas breves pinceladas podrían dibujarnos el cuadro que presentaba para fines del Siglo XVIII el Virreinato de la Nueva Granada, que por esa concomitancia curiosa en la fenomenología continental era, sin mayores diferencias, el de toda la vastedad de la América Hispánica, a pesar de las incommensurables distancias geográficas que separaban entre sí sus diferentes comarcas. El "Despotismo Ilustrado", sistema político de gobernar los pueblos, alcanzaba las proporciones de toda una filosofía de Estado que, en lo que hace a las posesiones coloniales de España, constituía la más deplorable equivocación.

Como consecuencia de ciertas reformas emanadas de la era borbónica, la tradicional política colonial de los Austrias había sufrido profundas y sucesivas alteraciones, que derrumbaron toda una arquitectura laboriosamente edificada desde los tiempos en que la oleada conquistadora hubo de ser contenida y moderada bajo la influencia del Padre de las Casas, cuyas dramáticas intervenciones ante la Corona Española dieron lugar a una etapa humanitaria y proteccionista de casi dos siglos. En ellos, la historia colonial es como un largo sueño, envuelto aún en las últimas penumbras del medioevo religioso y cultural. El renacimiento que había hecho posible el hallazgo de un mundo desconocido apenas si rozó con timidez aquella hermosa durmiente americana. Son dos siglos fa-

tigosos en los que, a falta de movimiento histórico se hace preciso aprender la tediosa lista de Virreyes que desfilaron parsimoniosamente, de Arzobispos que gobernaron sin problemas la mansa grey, para la que sobrababan los palacios de la Inquisición erigidos en Honda y Cartagena. Sus mazmorras permanecían vacías como la historia. Sus grilletes herrumbrosos en espera de un hereje de leyenda.

Con los Borbones, aquel panorama de calma, agitado apenas por la sombra amenazante de corsarios y filibusteros o estremecido por algún donjuanesco virrey de profanas andanzas y galantes amoríos, se alteró rudamente. Carlos III fué un reformador catastrófico. La expulsión de los jesuitas significó la ruina, jamás reparada de las vastas colonizaciones orientales. La institución de los resguardos indígenas, que había preservado para los originales pobladores del reino, sus culturas primitivas y su rudimentario derecho a la vida, sufrió los embates de un monarca que desconocía aquel continente de bárbaros, indios y criollos, al cual era preciso exprimir sin compasión para restaurar las flácidas arcas de la monarquía.

Un profundo traumatismo se causaba con aquellos desaciertos al andamiaje todo de la vida colonial, que comenzó a desvencijarse en un alarmante comienzo de derrumbamiento. Al Monarca, lejano en cuerpo y alma de la colonia esclava, poco o nada preocupaba la suerte de aquella masa humana despreciable. En aquel último cuarto del último siglo de su poderío, la Corona Española se había lanzado a una contienda mortal con Inglaterra. La Escuadra de su Majestad Británica sitiaba la plaza fuerte de Cartagena bajo el mando del Almirante Vernon, un buen marino pero un sajón indefenso ante la disentería y

las fiebres que infestaron las naves reales, en desacato imperdonable.

De todas maneras, la lucha exigía recursos, y los recursos comenzaron a arbitrarse succionando inhumanamente las escasas disponibilidades de un pueblo fatigado, que no entendía aquella guerra de testas coronadas, que se exasperaba con el cuadro siempre viejo y siempre nuevo de su miseria atávica, que no tenía a quien recurrir, a quien exponer sus quejas, a quien interesar en su honda tragedia. La tormenta comenzó a gestarse soterradamente. El descontento se hacía murmuración en la sombra. El campesino, víctima final de todas las conmociones sociales, había mascullado en silencio su pobreza, pero comenzó a renegar cuando ésta se convirtió en miseria bajo el agobio de los tributos, de las alcabalas, del impuesto para la Armada de Barlovento, exacciones todas ellas desmedidas, sangría insufrible para su ya anémico organismo.

El 16 de Marzo de 1881 la potencia acumulada en largos meses de desesperación creciente hizo crisis en la noble villa del Socorro, cabeza de la provincia más duramente castigada con el absurdo régimen tributario que el Visitador Gutiérrez de Piñeres imponía implacablemente, deseoso de méritos ante su Rey, no importa que ellos hubiesen de tener como escala de despiadado ascenso el sudor y la agonía de un pueblo. Y la explosión fué también un caso profundamente humano, en el que una masa desposeída clamó fieramente por derechos que le habían sido denegados, por justicia inexistente, por dignidad desconocida en su dura trayectoria vital sobre la árida tierra de su inmensa desventura.

Manuela Beltrán, erguida y desafiante sobre el despedazado cartelón que proclamaba el edicto con los nuevos impuestos, es la más clara expresión de una raza que despierta del

letargo para tomar conciencia de sí misma. Su gesto rebelde rompe, en un acto de femenil fiereza, corroídos eslabones de vasallaje. No es difícil reconstruir imaginativamente aquella mujer oscura que pasó del anónimo a la historia en un solo segundo sublime. Es preciso suponerla hermosa, de hermosura embellecida por el fuego que emerge de sus pupilas en airado centellear de tremenda fuerza irradiante. Su gesto de airada protesta se hace grito en todas las gargantas, que asciende hacia el cielo como un trueno. Es el clamor del indígena que vio mancillar su vida por el conquistador codicioso, el del campesino doblado sobre surcos de miseria, el del desheredado sin esperanza, ondulación formidabile que se riega sobre el Andes en eco prolongado, que hallan nuevas fuerzas a medida que golpea sobre los riscos donde blanquean los ranchos, como salpicaduras de cal sobre la yerma corteza de siena y bermellón. Otras gargantas lo recogen. El viento cálido lo arrastra por desfiladeros y hoquedades. La región va quedando vacía a medida que las gentes se mueven por los senderos de cabras hacia las poblaciones, donde la fuerza aglutinante de la revolución justiciera rompe el individualismo creado por la geografía, y hermana las gentes en una sola hoguera de ira y desesperación.

La eruptiva comarca que desde meses atrás venía engendrando calladamente su cólera, estalla en gigantesca conflagración. El mutismo ancestral se quebranta. La mansedumbre de años, que había insensibilizado a los amos haciéndoles olvidar la dignidad humana de sus siervos se hace añicos como un cristal y el ariete potente golpea la que parecía inmovible fachada del edificio colonial, que se agrieta al primer embate y comienza a derrumbarse. El furor es un torrente incontenible. Un chorro de la-

va incandescente que incendia la escuálida vegetación semiesteparia de aquella fronda humana cansada de sufrir, de esperar, de ser explotada dura, inmisericordemente.

Es aquí cuando el hombre emerge en su exacta medida, y se yergue sobre la breña como una estatua de carne tensa y sufrida. ¡Qué tremendo error se había cometido al ignorar torpemente la tremenda fuerza, el aliento poderoso que dormía bajo aquella engañosa apariencia de mansedumbre! Los rostros quebrados en ángulos recios se templan más aún en gestos de fiera determinación. Arroyos humanos descienden por las gargantas, hacia los pueblos donde el común comienza a tomar forma. El grito vibrante de Manuela Beltrán, su valiente protesta, es un impulso vital. Santafé, la virreynal ciudad perdida entre las brumas se convierte en meta de una marcha heroica. Sobre las crestas que parten el horizonte, se dibuja el oscuro quiebre de las azadas, de las hachas, de los machetes, de los fusiles arrebataados a la ridícula columna de un centenar de soldados que se enviaron desde la Capital del Reino para sojuzgar la gleba amotinada, en una casi conmovedora subestimación del fenómeno cósmico, puesto en marcha por la rebeldía de un pueblo.

Los arroyos humanos se convierten en riada formidable, que va succionando en su pesado andar las poblaciones del camino, las casas perdidas sobre las laderas, las pequeñas aldeas silenciosas cobijadas por colonial espadaña de humilde religiosidad. Hay mujeres que siguen a sus hombres. Niños que cuelgan de la espalda de sus madres, imagen precursora de aquellas "juanas" heroicas que siguen a los ejércitos de las guerras civiles unas décadas más tarde, cuando la rebeldía comunera se reencarna en la gesta magna de la Independencia, y

la Patria, liberada ya, se desangra en una desesperada búsqueda de sí misma. Resueltas a compartir la suerte de sus varones, aquellas hembras de guerra son parte del titánico episodio humano. Para ellas no habrá sufrimiento distinto al de ver su hombre herido. Lo demás, la lluvia, el sol, la noche, el frío, las marchas agotadoras bajo el peso letal de los fardos de enseres son apenas contingencias de su conmovedora fidelidad, de su amor convertido en brasa ardiente. Una de ellas había puesto la planta altiva sobre el cartelón de oprobio. Todas las demás prolongan su gesto valeroso en aquella delirante marcha de los desesperados.

Las noticias preceden el avance de la muchedumbre, y Santafé vacila entre los viejos lazos de sumisión a una autoridad omnipresente, y la simpatía de su pueblo hacia aquella marejada que se aproxima como némesis inexorable. La imagen del saqueo por una turba desenfadada hace temblar a los ruines propietarios de riquezas materiales, cuya venda oscura desdibuja la verdadera grandeza, la que alienta en aquella multitud ululante que tiene en su puño airado el destino de la nacionalidad.

Aquí también aflora el contenido humano de esta tragedia griega. Bien distinto de aquel otro que se ha hecho grito en la garganta y potencia en el músculo. No tiene dimensión alguna. Surge de la angustia ante lo que pueda ocurrir cuando aquellos millares de hombres caigan sobre la ciudad soñolienta, salida de súbito de su sopor, para hallarse de manos a boca con la pesadilla convertida en realidad. No se comprende que un destino grandioso impulsa aquel ejército de libertos, y que las puertas de un cambio formidable se entreabren para una generación que no supo oír, ni ver, ni valorar su segundo histórico. El mie-

do aguza la inteligencia. No en vano el poder político del virreynato ha permanecido, incontaminado de criollismo, en manos españolas, fieramente monárquicas. Gutiérrez de Piñeres, el alcablero maldecido huye velozmente llevando a costas sus tremendos errores. Pero quedan los gojillas de la Real Audiencia, el engranaje todo de aquel gobierno borbónico, con su incalculable capacidad de engaño, dueño de una sutileza adiestrada largamente en el ejercicio del gobierno colonial, que les ha enseñado mucho en el manejo de filigranas dialécticas y en el ajuste acomodaticio de la moral, según los intereses en juego. En última instancia, se recurre a la majestad de la Iglesia, encarnada en la más inteligente y capaz de todas aquellas personalidades: El Arzobispo Caballero y Góngora.

El encuentro entre el Ejército comunero enardecido por el espectáculo, soberbio de su fuerza, y el grupo de parlamentarios adelantado a Zipaquirá para detener a cualquier precio aquella marcha que cobra para las aterradas imaginaciones santafereñas las proporciones de una invasión vandálica, constituye un episodio sombrío donde no se sabe qué deplorar más: si la crédula candidez de la masa rebelde, o la premeditada mala fé de los parlamentarios. O tal vez, en mayor escala aún, la vacilante actitud de los capitanes comuneros, sobrecogidos ante la imponencia de dos conceptos de atávica fuerza avasallante: la autoridad real, contra la cual se han lanzado a la cabeza de la muchedumbre, y la presencia imponente de la Iglesia de sus creencias. Aquí vacila el temple de los jefes, que lo son por la posición prominente que ocupaban, pero no por el convencimiento integral en la revolución, que quizá en el fondo los arredra en sus gigantescas proporciones, y en la posibilidad

varias veces configurada a lo largo de la marcha, de que el torrente se salga de cauce y la rebelión se lance al desenfreno que acabe por consumirlo todo, hasta su propia posición de privilegio.

Una lucha de desgaste comienza a librarse, y el factor tiempo pasa a gravitar pesadamente sobre aquellas miriadas de almas. Cada hora que pasa favorece a la monarquía, cuyos representantes necesitan ganar aquel combate psicológico. Los refuerzos angustiosamente pedidos a Cartagena deben venir en movimiento. Las hordas rebeldes no pueden subsistir indefinidamente en aquella inmovilidad que apacigua los ánimos febricitantes y atenúa el calor de la lumbre.

El primer proyecto de acuerdo va a la capital y vuelve. Los odores se resisten a firmar aquella entrega al arbitrio de una plebealzada que desprecian, pero cuyo furor temen, y resuelven sustraerse a la responsabilidad, reiterando a sus comisionados la plena autorización de concertar lo que estimen conveniente. Es una asustada fuga. Una declinación de su deber como supremo consejo de gobierno. La dilación comienza a exasperar a la multitud, que intuye una traición detrás de toda aquella urdimbre de ires y venires, de engañosa palabrería hábilmente frenzada. Los capitanes vacilantes parecen, por breves momentos, alcanzar la altura de su posición privilegiada para golpear en el yunque terno de la Historia.

Angustiados mensajes llegan de Zapaquirá al seno de la Audiencia. Ya nada puede contener el furor de aquel oleaje que alcanza el borde máximo de su pleamar. Los odores se reúnen, estremecidos de un pavor que no alcanza, sin embargo, a nublar su intelecto habituado a las sinuosidades y a los infinitos recursos que el leguleyismo de sus espíritus puede hallar para

las situaciones complicadas. Autorizan la firma de las Capitulaciones, no sin antes reunirse en sesión secreta, en la cual deciden establecer de antemano la nulidad de un pacto acordado bajo la presión de acontecimientos incontrolables.

Se ha decidido anticipadamente la traición a aquel pacto sagrado, cuyo epílogo es una misa solemne oficiada por el propio Arzobispo Caballero y Góngora, quien ignora en aquel momento, justo es decirlo, la inicua trapissonada urdida por los golillas de la audiencia, con miras a una revancha sangrienta que no habrá de tardar. Es el acto solemne en que se refrendan, tomando a Dios por testigo, las capitulaciones hechas por los hombres. Allí se jura, y de ello queda constancia en un acta que el formalismo de los comisionados no puede menos de levantar "...por Dios Nuestro Señor, por su cruz y por los santos Cuatro Evangelios, en nombre del Rey nuestro Señor, guardar las capitulaciones propuestas y confirmadas por dicha Real Audiencia...".

Hay en aquel acto solemne un gran ausente: José Antonio Galán. El Capitán charaleño, signado por la auténtica carisma del caudillo, es entre los jefes revolucionarios el único que alcanza la amplitud histórica que más tarde habrá de lograr otro incomprendido mártir de la libertad: Don Antonio Nariño. El único Capitán Comuncero que padece apasionadamente ese fuego consumidor de la rebeldía total. A sus dotes extraordinarias de jefe ha confiado Juan Francisco Berbeo la tarea de perseguir al fugitivo Gutiérrez de Piñeres. La misión cambia por el camino. ¿Qué importa un fugitivo deshecho en su pánico culpable, cuando toda una raza espera la luz de la libertad? Es esa luz la que emana de la antorcha iluminada que lleva su mano, y del grito ardiente de su voz.

Si algo o alguien resume toda la grandeza del episodio comunero, es aquel mestizo hercúleo, producto íntegro de su tierra arisca y brava. Para él no hay capitulaciones. No cabe transacción posible. La hora de la libertad ha sonado en su vida, y él le hace eco con —su palabra vigorosa que resuena sobre la esclavitud de los desposeídos como un clarín de guerra, como una vibrante campana de esperanza—.

Galán es un guerrero, un líder nato, un gladiador gigante de la libertad, que parece incendiar su entraña y templar su nervio como la tensa cuerda de un arco de batalla.

Su hueste avanza entre clamores de triunfo. El hombre arrastra con la llama de su palabra. A lo largo del Magdalena despierta una humanidad yacente, inclinada siempre bajo la férula del señor. Por ambas riberas del río crepita el incendio. La embriaguez de la libertad deslumbra a quienes han vivido entre las sombras del vasallaje. Galán, el iluminado, piensa y cree que el Ejército comunero debe estar ya en Santafé, dueño de la ciudad y del porvenir. No sabe que todo se ha perdido en las goteras del triunfo, y que las reivindicaciones habrán de convertirse, apenas sus compañeros vuelvan las espaldas, en la cabeza del más ínicuo proceso que registran los anales de la perfidia y de la traición, siempre tan ricos en infamia. El continúa su avance victorioso. Su tea encendida alcanza a iluminar con lejanas claridades la montaña antioqueña. Perc aquello ya no es aurora triunfal sino agonía de crepúsculo.

En este último estertor agónico del acto que se inició con la grandeza de los mejores momentos de la humanidad, Galán es como esa postrera vibración, que permanece suspendida en el aire, después de que un bronce bien templado se silencia. Su vida es una

estrella fugaz. Su aparición en la noche colonial y esclava, un cometa que llamea brevemente y torna a sumergirse en el misterio de las constelaciones.

Quizá emergió a la vida antes de tiempo. Pocos lustros más tarde, cuando el proceso de madurez independentista del continente alcanzó su plenitud histórica, otro hubiese sido su destino, y este formidable ejemplar humano, en vez de esperanza cruelmente frustrada, habría pasado a ser coloso de granito en la liberación de América.

El 8 de Junio de aquel año sombrío, tras de la firma de las capitulaciones y la misa que consagró ante Dios la validez de la palabra empeñada, los Comuneros inician la penosa marcha de regreso a sus lares. Una depresión tremenda gravita sobre las masas silenciosas, que intuyen, con esa clarividencia de las colectividades engañadas que aquellos 85 días de pasión no fueron nada distinto de un hermoso sueño, del cual comienzan a despertar con una conciencia cada día más nítida de su derrota. Nada queda de aquel tropel humano, integrado en un solo haz, que marchó hacia la Capital del Virreinato con un grito de libertad en los labios ardientes. Las comunas se fragmentan. Los grupos se diluyen. Los hombres vuelven fatigados, vencidos, al piso de tierra de sus ranchos, para reiniciar el drama opaco de sus vidas. La rebelión ha muerto, en un melancólico final, injusto para los hombres que escribieron su breve relato apasionado.

El retorno de Galán a la tierra comunera, marca un intento desesperado por revivir la hoguera grandiosa, pero todo es inútil. Una sensación de impotencia doblega los espíritus levantiscos. Las masas tienen procedimientos extraños. No es fácil crear el estímulo indispensable para aglutinarlas,

vencer su pasividad habitual, quebrar su indiferencia. Para que la chispa de una rebelión se convierta en incendio, requiere la preexistencia de una circunstancia ambiental apta para fundir la combustión interior en una sola llama, las desazones dispersas, en una sola angustia, las voces inconformes en un solo trémolo capaz de elevar su clamor hacia la altura, y crear con él la potencia generadora de las grandes conmociones humanas. Cuando tales circunstancias concurren, la revolución halla su hora histórica, a veces tan fugaz que pasa desapercibida, o no alcanza a medirse en su exacta magnitud.

Las prevenciones del más egregio Capitán Comunero, su acento profético, su extraordinaria figura de caudillo no hallaron eco en aquella desolada frustración en que habíase sumido el pueblo reconciliado nuevamente con su propio drama secular. Nada podía hacerse. La parábola del meteoro incandescente había iniciado ya su descenso ineluctable, después de superar el clímax excepcional, que ya no podía repetirse.

Lo que sigue, es miseria. Venganza salvaje de una aristocracia humillada, que vuelve a ser dueña de sí misma después de momentánea pavora. Las capitulaciones se rompen como papel inservible. Nada importa que por respetarlas se haya jurado solemnemente ante Dios, y que los comisionados reales hayan hincado en tierra la rodilla en el momento de escuchar sobre sus servicios inclinadas la palabra sonora del Arzobispo Caballero y Góngora: "Si así lo hicieren Usías y cumplieren, Dios nuestro Señor los ayude, y de lo contrario, se lo demande".

Los siniestros oidores de la Real Audiencia se han curado en salud. Pretextando la coacción de la fuerza, vuelven a sus cabales con la llegada de las tropas procedentes de Cartagena, e inician su sangrienta retaliación, ante el silencio de los antiguos capitanes, asaltados inexplicablemente por un complejo de culpa. Frente a la mole granítica de la autoridad real, su antiguo valor se vuelve añicos. Y el pueblo sin jefes, se inclina de nuevo ante el poder, sorbiendo calladamente las lágrimas amargas de su humillada desventura.

La soberbia de los vencedores que no han luchado se ensaña salvajemente en los vencidos que no supieron hacerlo. Galán, perseguido como fiera por la figura más siniestra de todo ese episodio, don Salvador Plata, convertido de Capitán Comunero forzado por las circunstancias, en esbirro de la represión, arma por su propia cuenta una hueste que persigue ahincadamente al rebelde solitario, con un afán y una obsesividad que traslucen bien a las claras el deseo de conseguir el perdón para sí mismo a trueque de la vida del antiguo camarada de lucha, a quien entrega en la más abyecta de las actitudes, acompañado de un mensaje, fiel expresión de su minúscula contextura moral: "Presento a los pies de Vuestra Alteza, dice, el Tupac Amará de nuestro Reino".

Así se escribió el episodio de pasión, heroísmo y sufrimiento de la sedición comunera, rapsodia de esperanza en sus orígenes fulgurantes, réquiem luctuoso en el desolado retorno, sobre un crepúsculo de ruinas sembradas de sal, y una altiva cabeza ensangrentada, en lo alto de una pica que quiso ser de oprobio y resultó de eternidad.